

Artemis Cooper

Patrick Leigh Fermor

R B A



Título original inglés: *Patrick Leigh Fermor, an Adventure*

© Artemis Cooper, 2012.
© de la traducción: Dolores Payás Puigarnau, 2013.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2013.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO453
ISBN: 9788490069264

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

- Créditos
- Dedicatoria
- Un apunte sobre los nombres
- Cita
- 1. El País de Nunca Jamás
- 2. El plan
- 3. «Zu Fuss nach Konstantinopel»
- 4. Un verano encantado
- 5. De Bulgaria a Monte Athos
- 6. Balasha
- 7. Un oficial de Inteligencia
- 8. Creta y el general Carta
- 9. Tendiendo la trampa
- 10. La hazaña del húsar
- 11. El Instituto Británico, Atenas
- 12. El Caribe
- 13. La escritura de El árbol del viajero
- 14. Viajes por Grecia
- 15. Las zapatillas de Byron
- 16. Chipre
- 17. En África e Italia
- 18. Una visita a Rumanía
- 19. Un monasterio construido para dos
- 20. Cambios en el horizonte
- 21. «Ya ha pasado el tiempo de los regalos»
- Apéndice I. Un apunte sobre el Green Diary y «A Youthful Journey»
- Apéndice II. La caminata de Patrick Leigh Fermor a través de Europa
- Apéndice III. Oda de Horacio, l 9, «A Taliarco» traducida por Patrick Leigh Fermor
- Agradecimientos
- Créditos de las ilustraciones
- Bibliografía selecta

Cuaderno de imágenes
Notas

de los primeros esbozos y del prólogo del libro. Jock Murray solía mostrar estas páginas a todo aquel que le preguntaba por qué tardaba tanto en publicarse el siguiente libro

PARA ADAM Y NELLA
VIVID BIEN

UN APUNTE SOBRE LOS NOMBRES

Patrick Leigh Fermor siempre fue conocido como Paddy, excepto en Grecia, donde le llamaban Mihali. Quizás utilizar Leigh Fermor, o Fermor, parecería más profesional en una biografía. Pero estos nombres parecen despojar al autor de esa faceta juvenil que era parte importante de su naturaleza. Algunos biógrafos usan las iniciales de sus protagonistas como una manera de evitar el exceso de familiaridad, pero yo encuentro eso muy raro, teniendo en cuenta que en el resto del texto todos los nombres están escritos con todas sus palabras. ¿Patrick? Es más formal, desde luego, pero es un nombre que únicamente se utilizaba unido a Leigh Fermor, jamás en solitario. Así que lo único que me queda es Paddy: el nombre con el que yo le llamé desde niña, el nombre por el cual le conocían los cientos de personas que le trataban y querían. Es un nombre amistoso y alegre, del que emana una chispa de primavera.

Y en lo que se refiere a la denominación de los lugares, he tratado de conservar los nombres tal y como él los pronunciaba, al menos hasta donde me ha sido posible. Así que en este libro Rumania es Rumanía, Eubea es mejor que Evvia, y Calcuta mejor que Kolkata. Y, por supuesto, Constantinopla mejor que Estambul.

A. C.
Lynsore Bottom, Canterbury
Marzo de 2012

Creo igualmente que el poder de observación en un gran número de niños muy pequeños es considerablemente maravilloso por su exactitud y precisión. Es más, considero que de la mayor parte de los adultos, notables a este respecto, se debería decir con mayor propiedad, no que han adquirido esta facultad, sino más bien que no la han perdido; tanto más cuanto que generalmente observo que tales gentes mantienen una cierta espontaneidad y dulzura, así como cierta disposición a sentirse agradecidos, que es también una herencia que han conservado de la niñez.

CHARLES DICKENS, *David Copperfield*, capítulo II

EL PAÍS DE NUNCA JAMÁS

El pueblo de Weedon Bec, situado en Northamptonshire, era un escenario muy poco plausible para el paraíso, pero los años que Patrick Leigh Fermor pasó allí de niño fueron algunos de los más felices de su vida. Las personas con las que vivía no pertenecían a su familia. Le trataban con calidez y afecto, pero no le imponían restricciones ni exigencias. Nunca le regañaron cuando llegaba tarde a las comidas, o si regresaba a casa cubierto de lodo y ramas espinosas. Hasta el final abrupto de ese idilio en verano de 1919, todo lo que Paddy tenía que hacer era dedicarse a ese apasionante asunto que consiste en hacerse mayor.

Los niños del pueblo le enseñaron cómo frotar los tallos secos de la acedera silvestre. Usaba la mano y podía sentir que su palma se iba llenando de semillas desmenuzadas, que luego lanzaba al viento. Él y los niños trepaban por los almiarres que estaban medio en desuso y, una vez arriba, saltaban. Los almiarres pinchaban pero también eran suaves, y los niños se zambullían en el olor dulce del heno. Al principio, los otros niños le ayudaban a subirse a las ramas de los viejos manzanos, pero pronto fue capaz de trepar solo a los mismos árboles, más altos, a los que se subían los chicos mayores que él. Una vez allí escalaba hasta las ramas más altas y se hacía invisible, escondido entre el follaje, de tal modo que nadie pudiera encontrarle. Pero eso fue más tarde, por el momento él se escondía en cobertizos y graneros, y algunas veces tras las grandes dobles puertas que conducían al patio en el que se guardaban las gavillas de trigo. Y la gente gritaba: «Paddy-Mike, ¿dónde estás?». Mientras tanto él se enorgullecía de sí mismo porque nadie podía verle y nadie sabía dónde se hallaba.

Los adultos hablaban en voz baja sobre los alemanes y la guerra, que ya hacía tiempo que duraba. A nadie le gustaban los alemanes, pero en Weedon no había alemanes, o al menos él creía que no los había. Pero lo cierto es que un día encontró una gran pila de tierra y se puso a cavar y a hacer construcciones en ella, y entonces uno de sus mayores le dijo: «¡No deberías hacer eso!». «¿Por qué no?». «Pues porque hay alemanes». «Pero ¡si no se ve ninguno!». «¡No los ves porque son muy pequeños!». Paddy no tenía ni idea de lo que quería decir eso pero, en cambio, sí sabía qué aspecto tenían los alemanes. Los había visto en retratos y sabía que llevaban puestos unos yelmos muy graciosos. Así que examinó muy detenidamente la pila de tierra, quizá de un momento a otro aparecerían en ella unos alemanes en miniatura vestidos con sus cascos.

No le daban miedo los alemanes, pero una vez vio una apisonadora del tamaño de una casa entera que bajaba por la carretera. Su conductor tenía un aspecto tan ceñudo y fiero que sintió terror. (Aquella apisonadora formó parte de sus pesadillas infantiles durante años.) Echó a correr, tan rápido como pudo, hasta que encontró a Margaret. Se aferró a su espalda, agarrándose bien fuerte a sus trenzas. Ella le llevó de vuelta a casa, y allí mamá Martin le sentó en su regazo y le hizo unos cuantos mimos. Cuando mamá Martin le ofrecía pan con un sirope que sacaba de una lata verde, siempre le daba la vuelta a la lata para que él pudiera contemplar un dibujo en el que había un león y unas abejas. En la lata, el león parecía estar durmiendo, pero en la historia que contaba la Biblia estaba, en realidad, muerto, por eso las abejas surgían de su interior.

George Edwin Martin y su mujer Margaret vivían en una pequeña casa adosada que tenía un jardín estrecho en su parte trasera. La casa estaba en el número 42 de High Street, Road Weedon. La pareja tenía tres hijos. Cuando, en 1915, Paddy-Mike llegó para vivir con ellos, su hijo Norman tenía diez años; la niña, que también se llamaba Margaret, tenía ocho y ayudaba a su madre en el cuidado de Paddy y Lewis, que con seis años era el hermano más pequeño. El

pueblo era grande y estaba dividido en tres zonas. Los cottages y las pequeñas granjas de la parte alta de Weedon se perdían entre el verdor de los campos, mientras que la iglesia y la escuela del pueblo se hallaban en la parte baja del núcleo urbano, aunque una zona con más movimiento era Road Weedon, sita en la antigua carretera que iba de Northampton a Daventry. Y allí vivían los Martin, en la carretera principal (ahora la A-45), que estaba flanqueada por tiendas y pubs en ambos lados. Los camiones descubiertos transportaban carbones y cerveza que descargaban en un pub llamado The Wheatsheaf and the Horseshoe. También había otros proveedores que llegaban pedaleando en triciclos y cargando con cestas crujientes, repletas de mercancías y comestibles procedentes de las tiendas de Wilson y también de la de Adams, el dueño de los ultramarinos. Algunas veces pasaban por allí tropas de soldados que marchaban al paso, o bien oficiales montados en relucientes caballos, o bien el autobús, con la imperial descubierta y la campana que tintineaba. Paddy siempre se subía a la parte alta del autobús cuando iba a Daventry con los Martin.

Road Weedon estaba presidida por los barracones del cuartel de Weedon y el gran complejo urbano de los Depósitos Reales de Artillería. Estos habían sido construidos lo más lejos posible de las zonas costeras de desembarco para almacenar armas y municiones durante las guerras napoleónicas, y disponían de su propio ramal en el canal de la Gran Unión, que estaba muy bien protegido para garantizar la llegada segura de la mercancía a sus almacenes. De vez en cuando, Margaret llevaba a Paddy a los barracones. Allí contemplaban el entreno de los soldados de caballería. Los veían cuando ponían a sus caballos al trote y les hacían correr en círculo por el gran terreno que estaba destinado a ese fin. El amplio canal que separaba Road Weedon de la parte baja del pueblo se había borrado por completo de la memoria de Paddy, lo que parece algo extraño. Pero sin duda Margaret había recibido órdenes estrictas de mantener al niño alejado del agua. El señor Martin, al que más tarde Paddy recordaría como a un granjero, trabajaba, de

hecho, como ingeniero en los Depósitos Reales y también servía en la brigada local de bomberos. Era un hombre corpulento que lucía un erizado bigote.

En noviembre del año 1918, cuando acabó la Primera Guerra Mundial, Paddy-Mike tenía casi cuatro años y Margaret casi había cumplido los doce. De pie en el borde de la carretera, los dos niños vieron pasar las carretas que llevaban a los prisioneros alemanes de regreso a Alemania. Los presos vestían toscos uniformes grises y en la tela de la espalda les habían cosido unos grandes diamantes rojos, para que pudieran ser identificados con facilidad si intentaban escapar. Dado que la guerra había finalizado en invierno, todo el mundo estuvo de acuerdo en esperar a que llegara el verano para celebrar el acontecimiento. Para entonces la celebración sería incluso mejor que la de las Navidades. Habría baile y una orquesta, se serviría el té en una tienda de lona y se encendería una gran hoguera con fuegos artificiales.

Las fiestas para celebrar la consecución de la paz iban a tener lugar el 18 de junio de 1919. Pocos días antes Paddy-Mike fue lavado y cepillado a fondo, y luego le llevaron al salón de la casa. Allí se encontró con una mujer desconocida, ataviada con la ropa más espléndida y lujosa imaginable; desde luego, él nunca había visto nada parecido. La señora estaba acompañada por una niña que llevaba un genuino traje de marinero completo, del que colgaba un silbato atado a una cinta ancha y blanca. Mamá Martin le dijo que aquellas personas habían venido de la India. Eran su verdadera madre y su hermana Vanessa, que tenía ocho años. También traían consigo a un perro de pelaje negro y esponjado, que tenía la cara aplastada y unas patitas blancas muy similares a unas polainas. Paddy sintió curiosidad: era la primera vez que veía a una señora vestida de modo tan magnífico, pero reaccionó de modo cauteloso cuando percibió que el tono anhelante de su voz parecía, de alguna manera, reclamarlo a él. Huyó al exterior de la casa, y allí echó a correr y se escondió. Todos salieron tras él gritando: «Paddy-Mike, ¿dónde estás? ¡Vuelve, Paddy!», mientras

que el perro de patitas blancas profería unos ladridos agudos e histéricos. Por fin, aunque con mucha renuencia, consiguieron persuadirlo para que volviera a la casa. Una vez dentro, le dieron pastel.

Miró los zapatos de la señora y observó que tenían un diseño lleno de relieves. Ella le contó que estaban confeccionados con piel de cocodrilo, algo que era interesante. También miró el silbato que colgaba del vestido de marinero de la niña, y esta le dijo que si lo deseaba podía soplar por él. Así que Paddy sopló por el silbato. El perro con la cara aplastada se llamaba sir Percy Polainas C. D. A. Las siglas significaban la Cosita más Dulce de Asia. La dama elegante se fue, pero la niña con el vestido de marinero se quedó.

La hoguera de las celebraciones de la paz de Weedon Bec tuvo que posponerse hasta el 21 de junio debido al mal tiempo. La gran pira de leña y paja se organizó en medio de un terreno que estaba emplazado entre el canal y la vía del tren. Y en la cima de la pira se colocaron las efigies del káiser Guille, tocado con un auténtico casco alemán, y del Pequeño Guille, el príncipe heredero alemán, que iba calzado con las botas de un alemán que había sido hecho prisionero. Pero antes que nada todos fueron a tomar el té en la tienda de lona. Según los recuerdos de Paddy, el pueblo entero se estiró en la hierba y cantó canciones hasta que se hizo de noche, pero lo cierto es que después de tres días de lluvia constante el suelo debía de estar completamente encharcado.

Antes de que se encendiera la hoguera, un hombre llamado Thatcher Brown fue en busca de una escalera. Y, pese a las protestas de los espectadores, se subió a la pira y descalzó las figuras. Aquellas botas eran «demasiado buenas para desperdiciarlas», dijo.¹ Y por fin se encendió el fuego. A Paddy le izaron en hombros para que pudiera ver mejor. Las crecientes llamas estuvieron acompañadas de fuegos artificiales. Después, todos los presentes formaron un círculo y bailaron alrededor del fuego.

Cincuenta años más tarde, y basándose tan solo en su

memoria personal, Paddy describió la hoguera y su dramática secuela en *El tiempo de los regalos*. Todo iba muy bien hasta que, de repente, la gente empezó a gritar y a pedir ayuda. Margaret acudió para ver qué sucedía. Enseguida cogió a Paddy y se lo llevó de aquel lugar a toda prisa.

Margaret estaba muy alterada. «Cuando llegamos a casa —escribió Paddy—, subió corriendo las escaleras, me desvistió, me metió en su cama y se tendió a mi lado, abrazándose contra su camisón de franela. Sollozaba y temblaba, pero no quería responder a ninguna pregunta».² Siempre según Paddy, pasaron varios días antes de que la niña aceptara satisfacer su curiosidad. Y entonces le contó que uno de los chicos había estado bailando alrededor de la hoguera con un petardo metido en la boca. En un momento dado se lo había tragado sin querer, y había muerto «escupiendo estrellas». En el *Northamptonshire Chronicle* no existe ninguna referencia a esta tragedia, ni tampoco se menciona en la revista de la parroquia, *The Weedon Deanery Parish Magazine*, que sin embargo describe la celebración con considerable detalle. ¿Acaso Paddy estaba recordando otra noche y otra hoguera? ¿O quizá Margaret inventó la historia para encubrir que se sentía muy desdichada?

Margaret era consciente de lo que iba a suceder, y seguramente esta era la razón por la que se sentía tan desgraciada. Paddy, al que había cuidado con tanta devoción, y por el que sentía tanto apego, iba a abandonarlos. Ahora su hermana era Vanessa, y cuando la señora Fermor regresara a Weedon se llevaría con ella a sus hijos de vuelta a Londres. Y entonces lo más seguro es que Margaret no vería a Paddy nunca más.

Cuando llegó el día de la partida, el niño estaba enfermo de aprensión y tristeza. La idea de abandonar a Margaret y a mamá Martin le desesperaba. El olor del aceite y del hollín del tren que le alejaba más y más de Northamptonshire le provocó náuseas. Y aquel mugriento laberinto que era la ciudad de Londres le resultaba asfixiante. Paddy aún no ha-